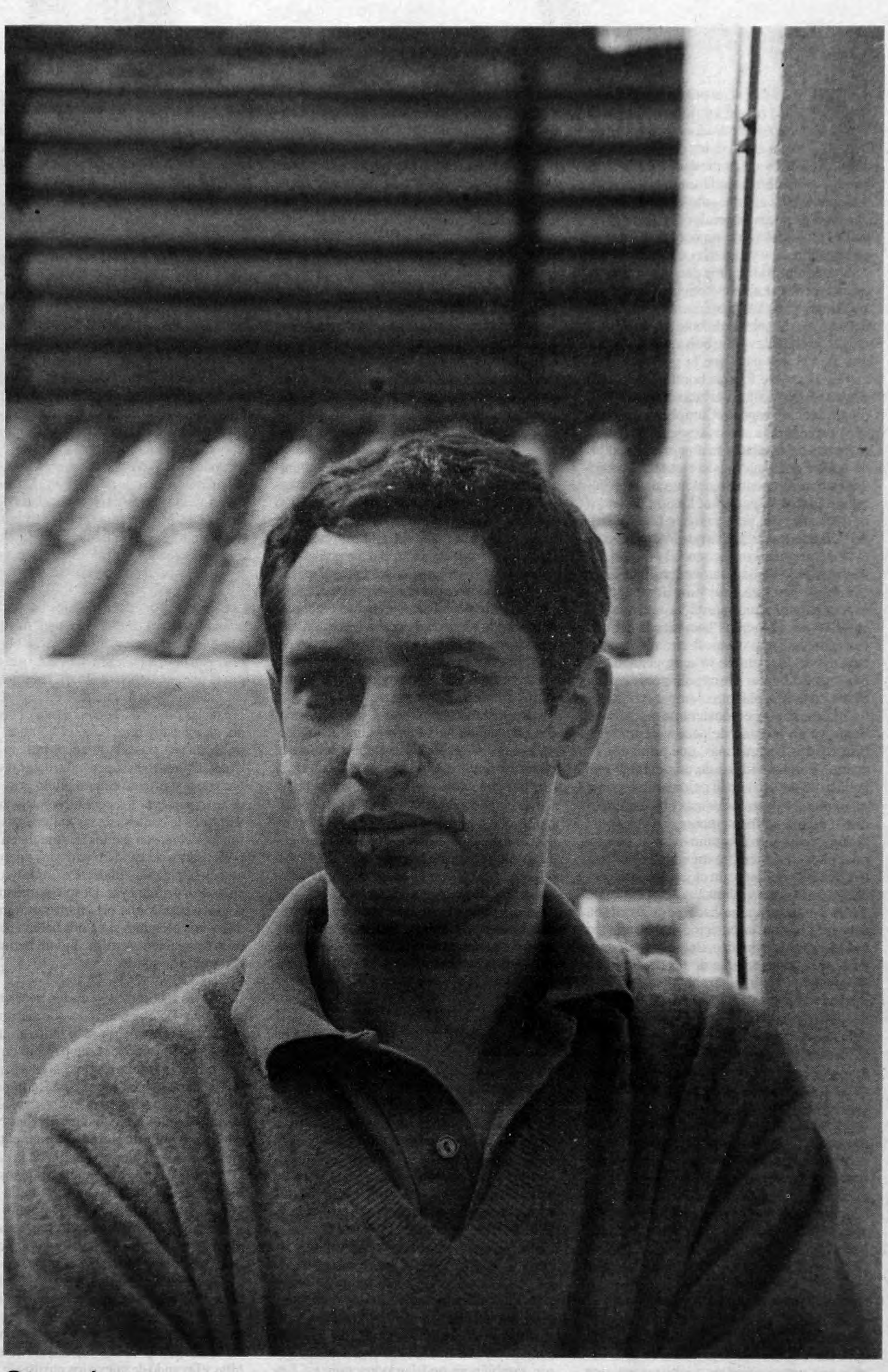
G. MARTÍNEZ



Otras épocas, otras voces

Retrato de un piscicultor está construido con la superposición de distintas épocas y voces y fue mi segundo cruce con lo histórico-político después de *Infierno Grande*. Escribí una vez, y todavía lo creo, que la gran dificultad de tratar lo político desde la ficción tiene que ver con los grados de libertad que se resignan en negociaciones incómodas, casi siempre demasiado visibles, con diferentes mandatos ideológicos. Así, en el afán de humanizar a los próceres hay quienes creen necesario demorarse en las flatulencias de Bolívar, y con la mejor intención de evitar maniqueísmos hay quienes terminan enterneciéndose con las infancias desgraciadas de los torturadores.

Yo quise escribir un cuento en el que lo político fuera sólo una parte del todo, y por eso en la versión final descarté una de las voces, demasiado estentórea, que aparecía en los primeros borradores. Y sin embargo, cuando me preguntan ahora a cuál hecho histórico concreto se refiere el cuento, es un fragmento de ese vozarrón fuera de tono lo primero que vuelvo a escuchar.

"Estuvimos juntos en la cárcel del '61, durante el gobierno de Frondizi; nos pasó lo de siempre: nosotros lo votamos y él nos metió presos. Esa vuelta cayó todo el comité local y a él se lo llevaron también porque había figurado como candidato nuestro. Hubo una noche que le dio uno de sus ataques, boqueaba que daba miedo. Nosotros le decíamos para darle ánimo que tosía igualito al Che. Pero no me crece la barba, nos contestaba. Porque en ese tiempo todos queríamos tener barba de guerrilleros. Qué época: Mao todavía era la segunda espada, el Libro Rojo lo recitábamos de memoria; el Sputnik daba vueltas solo en el espacio y Fidel les había dado la gran paliza a los yanquis en Girón: creíamos que se venía nomás la revoluta en todo el mundo."

Presentación de G. M.

Así fue, sí: el primer pececito se lo regalé yo; lo compré en *El Arca de Noé*, que en esa época era la única casa de animales en la ciudad. En realidad hubiera querido regalarle uno más grande, uno que estaba aparte, solo en una pecera, uno de esos peces tropicales con la cola llena de colores. Pero mi esposo me había dado poco dinero y yo quería comprarle la pecera también. Al final me decidí por uno de estos lebistes. Lebiste Reticulatus, dijo el vendedor, pero casi parecía una mojarrita del arroyo, un pez verde botella, de lo más vulgar, así que llevé una bolsa entera de piedras de colores para que la pecera, por lo menos estuviese lo más bonita posible. El paquete se lo pusimos al lado de la cama, la foto la sacó mi esposo. Cumplía once años, pero parecía más chico; siempre representó menos de su edad: era un gurrumín al lado de sus compañeros de escuela. Todo el día estuvo así, sentado delante de la pecera, mirando a su pececito. Quería darle comida a cada rato, pero ya me había explicado el vendedor que no se puede, se enturbia el agua; después compramos el *Manual del Piscicultor* y verdaderamente es una ciencia la piscicultura: hay una temperatura exacta para el agua, y está la cuestión del cloro, y los alimentos balanceados. Cada vez aparecían más cosas. Pero a mí me gustaba ayudarlo, siempre lo acompañaba a la biblioteca a buscar libros sobre peces y para los doce le regalé una lámpara importada, que me había pedido durante todo el año. Tenía ya un montón de peces, siempre lebistes y dos peceras más, que armó por su cuenta, con los vidrios de un ventanal que había roto Arturo con la pelota. El no podía jugar al fútbol con los demás chicos. Por el asma. Había noches enteras que no podía dormir, tosía y tosía como si se le fuera a rajar el pecho. Siempre me impresionó esa tos; era muy delgado, un chico más bien débil, y esa tos, tan violenta, no parecía suya. Yo le ponía otra almohada para alzarle la cabeza, pero en la posición horizontal no había forma de calmarlo. Entonces se levantaba, se sentaba delante de las peceras con su inhalador y se quedaba ahí toda la noche, mirando a sus peces. Antes de volverme a la cama yo le daba de nuevo el jarabe y lo dejaba así, quieto frente a las peceras, con la respiración fatigada. El ataque más fuerte le dio en la conscripción, un día que no quiso ir a misa y lo hicieron dormir al descampado. Tuvieron que internarlo, estuvo un mes entero en el Hospital Militar, hasta que le dieron el alta. Todo ese tiempo le cuidé yo los pececitos. A mí me gustaban. Mi nuera, en cambio, siempre lo peleó por los peces. En lo demás no puedo decir nada, lo acompañó como debe ser, en las buenas y en las malas; y eso que tuvieron malas, porque él tenía su idea política. Pero con los peces no. Capaz que ahora no lo dice, claro. Traelos de nuevo a casa, le insistía yo, pero él creía que con el tiempo ella se iba a acostumbrar. Y pasó tiempo: más de cuarenta años. Quería conseguir lebistes con la cola azul, desde chico pensaba en eso. Parece que nunca existieron lebistes así, una vez que viajamos con mi esposo a Buenos Aires estuvimos recorriendo acuarios y sólo vimos algunos manchaditos. Pero él no se olvidaba: cuando aprendió en el secundario lo de las mutaciones estaba entusiasmado como nunca lo vi, empezó a leer unos libros dificilísimos que le había prestado su profesor, ya eso era demasiado para mi pobre cabeza. El igual trataba de explicarme, me mostraba las láminas y me seguía llamando para mirar por el microscopio. Era muy bueno, ya entonces se notaba que iba a ser un hombre bueno. Mis otros hijos también, eh, no me puedo quejar, Arturo siempre me lleva con él de vacaciones y Gracielita viene casi todas las tardes a hacerme compañía. Pero él era distinto. Es que la gente cambia, cambia mucho. Y él no, se sabía que no iba a cambiar.

Uno venía de la calle, y al abrir la puerta, ese olor era lo primero que se sentía. Parecía venir de todas las peceras a la vez, subía del fondo removido por los peces y era inútil contener la respiración, el olor se metía por la boca como una cucharada espesa y uno sabía que ya estaba también en la ropa, en el pelo. Y sin embargo, poco a poco uno se acostumbraba y podía volver a respirar, cada vez con menos desconfianza: esto siempre me sorprendía, que finalmente uno volviera a respirar y entrara en la cocina y pudiese comer, con ese olor que seguía estando ahí, impregnando todo. De chico nunca lo había advertido, tal vez porque de chico los olores, como los tamaños, son otra cosa. Había incluso un juego: él se levantaba del sillón, frotándose las manos, y anunciaba que iba a preparar el Abominable Menjunje de los Peces. No, Sumo Hechicero, chillaba mi hermana. Pero él caminaba implacable a la cocina y abría la heladera de un tirón y sacaba entre carcajadas el hígado chorreante, la pasta de huevo y unos frasquitos misteriosos que guardaba en el congelador. Piedad, Sumo, gritábamos nosotros de rodillas, mientras ponía la olla al fuego; y cuando empezaba a salir vapor corríamos tapándonos la nariz y mirábamos desde lejos cómo él aspiraba embelesado de la olla: *spuzza*.

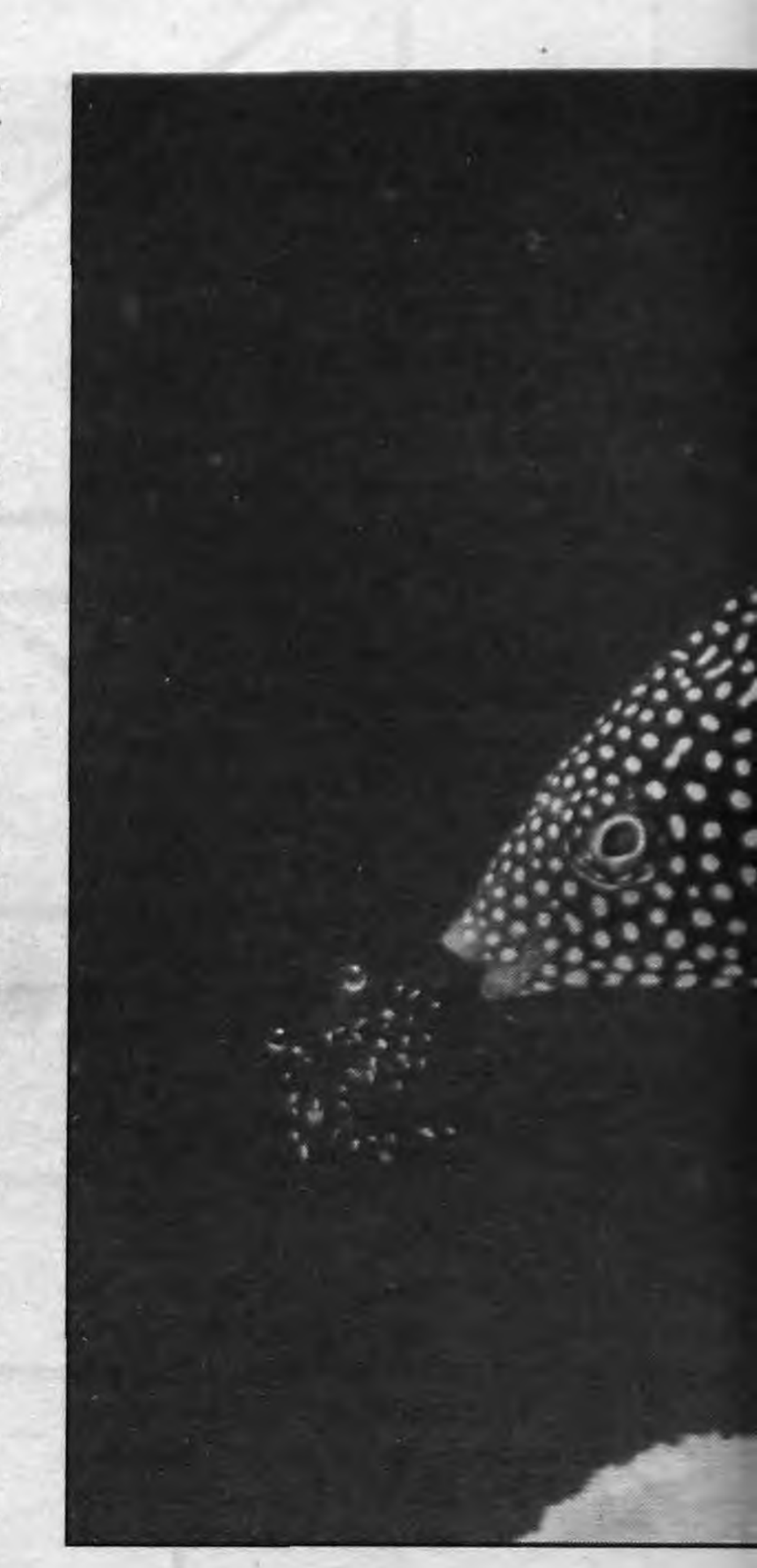
Pero aun entonces creo que yo gritaba y corría con mi hermana sólo para no quedarme afuera: ni siquiera el olor de esa olla existió para mí. Recién supe cómo eran las cosas cuando empecé la escuela primaria, un día que vino mi compañero de banco para hacer los deberes. Apenas entró sentí que algo iba a ir mal, porque miró las peceras del pasillo de una manera rara. Parecía incómodo y cuando fuimos a la cocina y nos sentamos a la mesa me dijo, sin abrir el cuaderno: Che, tu casa apesta.

Buen alumno, más bien callado. Fui yo el que lo convenció de que estudiara biología, después supe que acabó dando clases en el Industrial, aunque supongo que lo habrán echado de allí también cuando volvieron los militares. Ya era medio zurdito entonces, estaba en esos comités por el reconocimiento de los centros, pero bueno, yo pensaba que con el tiempo se le iba a pasar. Me enteré de los peces en la clase sobre Darwin. Yo les había dado el ejemplo de las jirafas y les estaba explicando cómo se efectúa la selección de ganado según la resistencia al clima, siempre daba estos dos ejemplos porque son los que los alumnos entienden mejor. Estaba por hacer los dibujos en el pizarrón cuando veo que él se levanta, era bajito, se sentaba en las primeras filas, se levanta un poco nervioso y como si no pudiera contenerse me dice: "Pero entonces, profesor, también se podrían conseguir así Lebistes Reticulatus con la cola azul". Al principio creí que era una broma, la materia se prestaba para cierto tipo de chistes. Francamente, no conocía esos peces: mi especialidad son los coleópteros. Le pedí que repitiese la pregunta pero volvió a sentarse, dijo que la iba a pensar mejor, no querría, supongo, que los demás supieran que criaba peces. Cuando tocó el timbre lo llamé aparte y entonces me contó. En realidad no lo tomé demasiado en serio. Lo ayudé, sí; le sugería algunos libros y le enseñé la distribución del espectro: si quería el azul por cuales colores aproximar, pero sin muchas esperanzas, porque a esa edad los muchachos son tan cambiantes, tienen las hormonas inquietas, abandonan todo ni bien se les cruza un buen trasero.

Durante años tuve miedo de las peceras a la noche. Desde la cama, cuando todo iba quedando en silencio, empezaba a escuchar un murmullo que se contagiaba en la casa como un llamado, como el rumor de otro mundo que se animaba. Eran los calentadores de agua, son los calentadores de agua, me repetía yo, pero el murmullo seguía creciendo hasta hacerme dudar, y cuando me tenía que levantar para ir al baño pasaba corriendo, sin mirar dentro de las peceras. Una noche él estaba despierto y apagó uno por uno los calentadores para convencerme. Después me llevó al laboratorio, en secreto; mi madre no nos dejaba entrar, decía que había demasiados cables. Se paró delante de una pecera enorme, donde había un solo pececito y apoyó la lupa contra el vidrio. Estaba recién nacido. ¿Es azul?, me preguntaba, ¿es azul o solamente celeste?

Ustedes se quedan aquí, nos habían dicho cuando sonó el timbre. Después nos llamaron a la biblioteca, para saludar. El hombre le dio un beso a mi hermana y a mí me extendió la mano. ¿Saben quién es?, nos preguntó mi madre. Mi hermana dijo que sí: el hombre de las pintadas. Todos rieron. –Pero bueno, ahora estoy libre –dijo el hombre. Yo lo miré otra vez; buscaba, creo, un indicio de barrotes, alguna marca, pero sólo había un hombre alto y sonriente con un piloto gris. Antes de irse quiso ver los peces. Nosotros fuimos detrás. El le contaba de las mutaciones; en el fondo, decía, son puntos de ruptura en la especie, saltos de calidad, y los dos dijeron entonces la palabra "dialéctica", que yo escuchaba por primera vez. Después, mientras recogía su portafolios, el hombre nos miró a los dos y nos preguntó si ya nos habían hablado de la revolución. A mí sí, dijo mi hermana, y el hombre se sonrió.

Y sí, lo reconozco, a mí los peces no me gustaban. Lo que ocurre es que siempre me miran las cosas de un solo lado, a mí también cuando lo conocí me pareció enternecedor que criara pececitos; algunos peces, una pecera, estaba bien. Una linda pecera, incluso, podía adornar el *living*, pensaba yo. Pero lo de él no era algo civilizado. Nunca pude invitar a mis amigas a tomar el té, por ejemplo, con el olor que había en la casa. O si cuento de cómo chorreaba los pisos cambiando las peceras de aquí para allá y eso que le explicaba, aunque sea agua, *igual* mancha los pisos. O cuando se ponía a cocinar el menjunje. Si hay algo que no tolero es que me invadan la cocina, sobre todo porque él nunca limpiaba. Fue toda una batalla esa: años y años para conseguir que limpiara lo que ensuciaba. Hasta que al final empezó a limpiar; limpiaba sí, pero *mal*; yo tenía que ir detrás repasando todas las ollas y lavando de nuevo los jarritos. Y siempre tenía que ceder yo. Había inscripto a nuestra casa como un centro de investigaciones, para recibir gratis publicaciones del exterior, vivíamos en realidad en el Fish Research Documental Center. Lo peor es que funcionó. Todos los días aparecía el cartero con la pila de sobres. De Alemania, de Norteamérica, del Japón, muy internacional era mi esposo. Cartas, montones de cartas de otros maniáticos como él, revistas, folletos, folletitos. En fin, papeles y más pa-

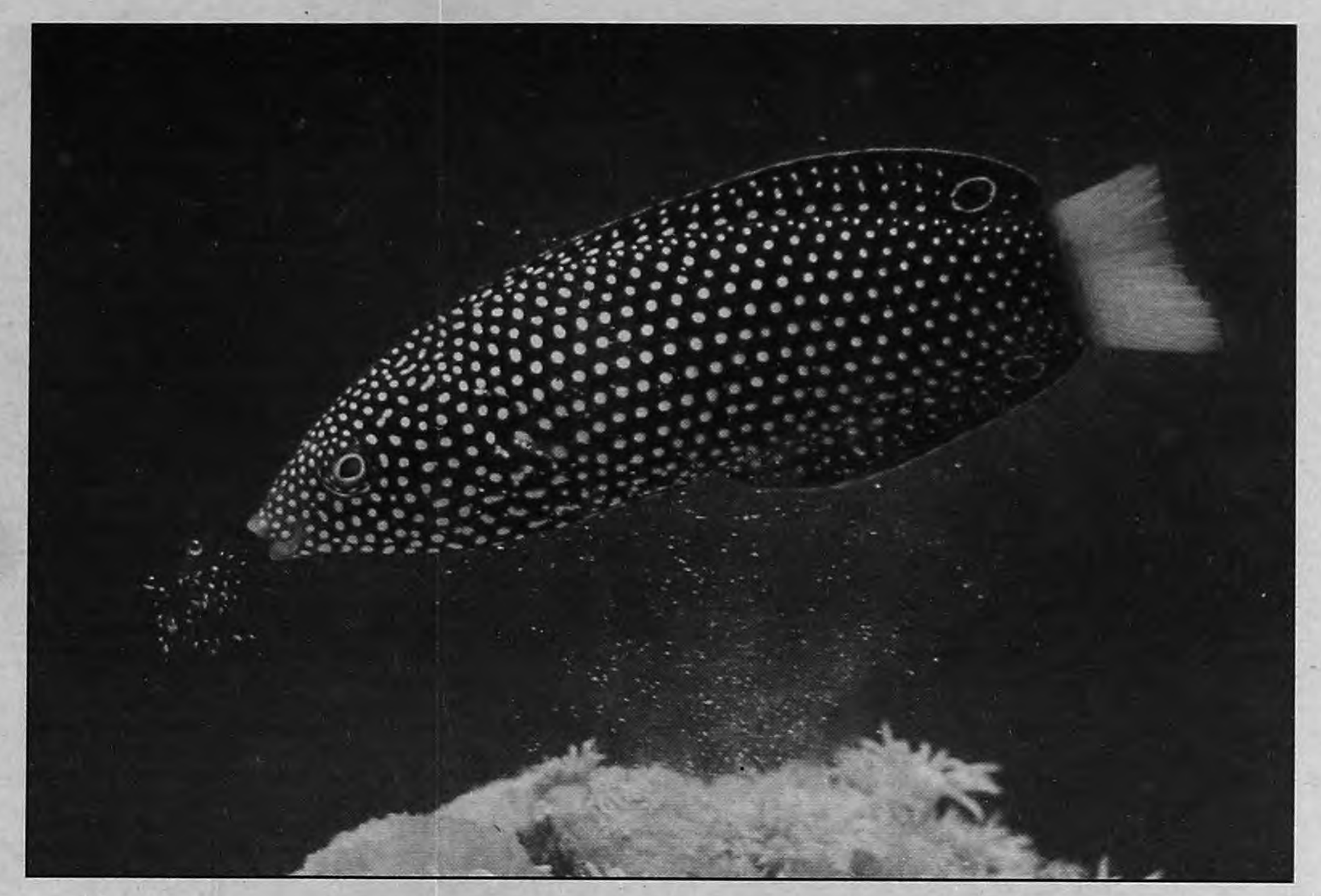


Re
o
piso

Por aparecer en la reedición de "Infier

Retrato de un piscicultor

Guillermo Martínez



Así fue, sí: el primer pececito se lo regalé yo; lo compré en *El Arca de Noé*, que en esa época era la única casa de animales en la ciudad. En realidad hubiera querido regalarle uno más grande, uno que estaba aparte, solo en una pecera, uno de esos peces tropicales con la cola llena de colores. Pero mi esposo me había dado poco dinero y yo quería comprarle la pecera también. Al final me decidí por uno de estos lebistes. Lebiste Reticulatus, dijo el vendedor, pero casi parecía una mojarrita del arroyo, un pez verde botella, de lo más vulgar, así que llevé una bolsa entera de piedras de colores para que la pecera, por lo menos estuviese lo más bonita posible. El paquete se lo pusimos al lado de la cama, la foto la sacó mi esposo. Cumplía once años, pero parecía más chico; siempre representó menos de su edad: era un gurrumín al lado de sus compañeros de escuela. Todo el día estuvo así, sentado delante de la pecera, mirando a su pececito. Quería darle comida a cada rato, pero ya me había explicado el vendedor que no se puede, se enturbia el agua; después compramos el *Manual del Piscicultor* y verdaderamente es una ciencia la piscicultura: hay una temperatura exacta para el agua, y está la cuestión del cloro, y los alimentos balanceados. Cada vez aparecían más cosas. Pero a mí me gustaba ayudarlo, siempre lo acompañaba a la biblioteca a buscar libros sobre peces y para los doce le regalé una lámpara importada, que me había pedido durante todo el año. Tenía ya un montón de peces, siempre lebistes y dos peceras más, que armó por su cuenta, con los vidrios de un ventanal que había roto Arturo con la pelota. El no podía jugar al fútbol con los demás chicos. Por el asma. Había noches enteras que no podía dormir, tosía y tosía como si se le fuera a rajar el pecho. Siempre me impresionó esa tos; era muy delgado, un chico más bien débil, y esa tos, tan violenta, no parecía suya. Yo le ponía otra almohada para alzarle la cabeza, pero en la posición horizontal no había forma de calmarlo. Entonces se levantaba, se sentaba delante de las peceras con su inhalador y se quedaba ahí toda la noche, mirando a sus peces. Antes de volverme a la cama yo le daba de nuevo el jarabe y lo dejaba así, quieto frente a las peceras, con la respiración fatigada. El ataque más fuerte le dio en la conscripción, un día que no quiso ir a misa y lo hicieron dormir al descampado. Tuvieron que internarlo, estuvo un mes entero en el Hospital Militar, hasta que le dieron el alta. Todo ese tiempo le cuidé yo los pececitos. A mí me gustaban. Mi nuera, en cambio, siempre lo peleó por los peces. En lo demás no puedo decir nada, lo acompañó como debe ser, en las buenas y en las malas; y eso que tuvieron malas, porque él tenía su idea política. Pero con los peces no. Capaz que ahora no lo dice, claro. Traelos de nuevo a casa, le insistía yo, pero él creía que con el tiempo ella se iba a acostumbrar. Y pasó tiempo: más de cuarenta años. Quería conseguir lebistes con la cola azul, desde chico pensaba en eso. Parece que nunca existieron lebistes así, una vez que viajamos con mi esposo a Buenos Aires estuvimos recorriendo acuarios y sólo vimos algunos manchaditos. Pero él no se olvidaba: cuando aprendió en el secundario lo de las mutaciones estaba entusiasmado como nunca lo vi, empezó a leer unos libros dificilísimos que le había prestado su profesor, ya eso era demasiado para mi pobre cabeza. El igual trataba de explicarme, me mostraba las láminas y me seguía llamando para mirar por el microscopio. Era muy bueno, ya entonces se notaba que iba a ser un hombre bueno. Mis otros hijos también, eh, no me puedo quejar, Arturo siempre me lleva con él de vacaciones y Gracielita viene casi todas las tardes a hacerme compañía. Pero él era distinto. Es que la gente cambia, cambia mucho. Y él no, se sabía que no iba a cambiar.

Uno venía de la calle, y al abrir la puerta, ese olor era lo primero que se sentía. Parecía venir de todas las peceras a la vez, subía del fondo removido por los peces y era inútil contener la respiración, el olor se metía por la boca como una cucharada espesa y uno sabía que ya estaba también en la ropa, en el pelo. Y sin embargo, poco a poco uno se acostumbraba y podía volver a respirar, cada vez con menos desconfianza: esto siempre me sorprendía, que finalmente uno volviera a respirar y entrara en la cocina y pudiese comer, con ese olor que seguía estando ahí, impregnando todo. De chico nunca lo había advertido, tal vez porque de chico los olores, como los tamaños, son otra cosa. Había incluso un juego: él se levantaba del sillón, frotándose las manos, y anunciaba que iba a preparar el Abominable Menjunje de los Peces. No, Sumo Hechicero, chillaba mi hermana. Pero él caminaba implacable a la cocina y abría la heladera de un tirón y sacaba entre carcajadas el hígado chorreante, la pasta de huevo y unos frasquitos misteriosos que guardaba en el congelador. Piedad, Sumo, gritábamos nosotros de rodillas, mientras ponía la olla al fuego; y cuando empezaba a salir vapor corríamos tapándonos la nariz y mirábamos desde lejos cómo él aspiraba embelesado de la olla: *spuzza.*

Pero aun entonces creo que yo gritaba y corría con mi hermana sólo para no quedarme afuera: ni siquiera el olor de esa olla existió para mí. Recién supe cómo eran las cosas cuando empecé la escuela primaria, un día que vino mi compañero de banco para hacer los deberes. Apenas entró sentí que algo iba a ir mal, porque miró las peceras del pasillo de una manera rara. Parecía incómodo y cuando fuimos a la cocina y nos sentamos a la mesa me dijo, sin abrir el cuaderno: Che, tu casa apesta.

Buen alumno, más bien callado. Fui yo el que lo convenció de que estudiara biología, después supe que acabó dando clases en el Industrial, aunque supongo que lo habrán echado de allí también cuando volvieron los militares. Ya era medio zurdito entonces, estaba en esos comités por el reconocimiento de los centros, pero bueno, yo pensaba que con el tiempo se le iba a pasar. Me enteré de los peces en la clase sobre Darwin. Yo les había dado el ejemplo de las jirafas y les estaba explicando cómo se efectúa la selección de ganado según la resistencia al clima, siempre daba estos dos ejemplos porque son los que los alumnos entienden mejor. Estaba por hacer los dibujos en el pizarrón cuando veo que él se levanta, era bajito, se sentaba en las primeras filas, se levanta un poco nervioso y como si no pudiera contenerse me dice: "Pero entonces, profesor, también se podrían conseguir así Lebistes Reticulatus con la cola azul". Al principio creí que era una broma, la materia se prestaba para cierto tipo de chistes. Francamente, no conocía esos peces: mi especialidad son los coleópteros. Le pedí que repitiese la pregunta pero volvió a sentarse, dijo que la iba a pensar mejor, no querría, supongo, que los demás supieran que criaba peces. Cuando tocó el timbre lo llamé aparte y entonces me contó. En realidad no lo tomé demasiado en serio. Lo ayudé, sí; le sugería algunos libros y le enseñé la distribución del espectro: si quería el azul por cuales colores aproximar, pero sin muchas esperanzas, porque a esa edad los muchachos son tan cambiantes, tienen las hormonas inquietas, abandonan todo ni bien se les cruza un buen trasero.

Durante años tuve miedo de las peceras a la noche. Desde la cama, cuando todo iba quedando en silencio, empezaba a escuchar un murmullo que se contagiaba en la casa como un llamado, como el rumor de otro mundo que se animaba. Eran los calentadores de agua, son los calentadores de agua, me repetía yo, pero el murmullo seguía creciendo hasta hacerme dudar, y cuando me tenía que levantar para ir al baño pasaba corriendo, sin mirar dentro de las peceras. Una noche él estaba despierto y apagó uno por uno los calentadores para convencerme. Después me llevó al laboratorio, en secreto; mi madre no nos dejaba entrar, decía que había demasiados cables. Se paró delante de una pecera enorme, donde había un solo pececito y apoyó la lupa contra el vidrio. Estaba recién nacido. ¿Es azul?, me preguntaba, ¿es azul o solamente celeste?

Ustedes se quedan aquí, nos habían dicho cuando sonó el timbre. Después nos llamaron a la biblioteca, para saludar. El hombre le dio un beso a mi hermana y a mí me extendió la mano. ¿Saben quién es?, nos preguntó mi madre. Mi hermana dijo que sí: el hombre de las pintadas. Todos rieron. –Pero bueno, ahora estoy libre –dijo el hombre. Yo lo miré otra vez; buscaba, creo, un indicio de barrotes, alguna marca, pero sólo había un hombre alto y sonriente con un piloto gris. Antes de irse quiso ver los peces. Nosotros fuimos detrás. El le contaba de las mutaciones; en el fondo, decía, son puntos de ruptura en la especie, saltos de calidad, y los dos dijeron entonces la palabra "dialéctica", que yo escuchaba por primera vez. Después, mientras recogía su portafolios, el hombre nos miró a los dos y nos preguntó si ya nos habían hablado de la revolución. A mí sí, dijo mi hermana, y el hombre se sonrió.

Y sí, lo reconozco, a mí los peces no me gustaban. Lo que ocurre es que siempre me miran las cosas de un solo lado, a mí también cuando lo conocí me pareció enternecedor que criara pececitos; algunos peces, una pecera, estaba bien. Una linda pecera, incluso, podía adornar el *living*, pensaba yo. Pero lo de él no era algo civilizado. Nunca pude invitar a mis amigas a tomar el té, por ejemplo, con el olor que había en la casa. O si cuento de cómo chorreaba los pisos cambiando las peceras de aquí para allá y eso que le explicaba, aunque sea agua, *igual* mancha los pisos. O cuando se ponía a cocinar el menjunje. Si hay algo que no tolero es que me invadan la cocina, sobre todo porque él nunca limpiaba. Fue toda una batalla esa: años y años para conseguir que limpiara lo que ensuciaba. Hasta que al final empezó a limpiar; limpiaba sí, pero *mal*; yo tenía que ir detrás repasando todas las ollas y lavando de nuevo los jarritos. Y siempre tenía que ceder yo. Había inscripto a nuestra casa como un centro de investigaciones, para recibir gratis publicaciones del exterior, vivíamos en realidad en el Fish Research Documental Center. Lo peor es que funcionó. Todos los días aparecía el cartero con la pila de sobres. De Alemania, de Norteamérica, del Japón, muy internacional era mi esposo. Cartas, montones de cartas de otros maniáticos como él, revistas, folletos, folletitos. En fin, papeles y más papeles. *Y a los papeles hay que guardarlos en algún lado.* Eso es lo que yo trataba de explicarle. Que los sillones son para sentarse. Que pensara en su asma, por lo menos, con todo ese papelerío juntando tierra. Porque tirar, por supuesto, nunca se podía tirar nada. Y con el laboratorio también cedí yo, porque cuando hicimos el arreglo de la casa estaba ilusionada con poner en ese cuarto la máquina de coser y tener una especie de salita de labores. Pero es inútil, cada cosa por sí sola parece una nimiedad, y como él los crió cuarenta años todo lo que yo diga va a sonar mezquino.

La segunda vez que entré en el laboratorio fue cuando nos pusieron la bomba. Unos días antes habían aparecido en la pared de nuestra casa las tres letras A pintadas en negro. Esa tarde, después del almuerzo, mi madre lo ayudó a llevar todas sus peceras al laboratorio. Después corrieron nuestras camas hacia el fondo; a mí me tocó dormir en la cocina. La noche de la bomba no me despertó el ruido de la explosión: me despertaron los gritos de mi hermana. Me levanté y abrí despacio la puerta de la biblioteca. Mi hermana corría en redondo, chocándose los muebles. Me mataron, gritaba, no siento los brazos, no siento las piernas. El ventanal estaba destrozado, la lámpara caída, había vidrios por todos lados. Mi madre trataba de sujetarla pero ella parecía no ver a nadie. El estaba ahí, en pijama, paralizado; me di cuenta de que también tenía miedo. Mi madre le gritaba el nombre de unas pastillas. Fue como un sonámbulo hasta el botiquín y cuando volvió con el frasco mi madre le dijo que me llevara de nuevo a la cama. Sentí entonces que me agarraba de la mano y empezaba a caminar hacia el patio. Fuimos al laboratorio. Había agua debajo de la puerta y cuando prendió la luz vimos la pecera rota. Los peces estaban en el suelo, en un charco, y apenas se agitaban. Se arrodilló entre los vidrios para rescatarlos, los iba poniendo uno por uno en un frasco con agua y los peces milagrosamente revivían. Yo quise ayudarlo, me arrodillé junto a él y traté de atrapar un pececito. Pero cuando lo tuve en la mano el pez se agitó tanto que no pude sujetarlo, cayó en la boca de la rejilla y lo tragó el remolino. Yo me puse a llorar y me acuerdo que él, que nunca nos tocaba, me abrazó un poco y me dijo que no importaba, que el pececito aquel iba derecho al mar. Y aquello me hizo llorar más, porque sabía que no, él mismo me había explicado una vez que los peces de agua dulce se mueren en el mar, ni siquiera llegan al mar, me habían dicho, los mata antes el detergente de las cañerías.

El tiempo que mi hermana estuvo internada en la clínica se pasaba las horas hundido en el sillón de la biblioteca. Decile de arreglar la pecera, me dijo un día mi madre. Fuimos al patio a cortar los vidrios. Cada tanto me señalaba el cajón de herramientas. Alcánzame el... me decía, sin terminar la frase. Yo empezaba a mostrarle: la espátula, el martillo. El negaba con la cabeza. El cuchifái, decía, como si no pudiese encontrar las palabras, y yo seguía tocando las herramientas con el dedo hasta que él asentía. Y en la mesa también, señalaba desde la cabecera, vagamente: el cuchifái. Con mi madre alzábamos el pan, el vino, la sal, hasta que él aprobaba y seguíamos comiendo en silencio. Los años siguientes –los años del secundario– los recuerdo todos iguales: yo abría la puerta y ahí estaba el olor estancado de las peceras y sabía que mi madre estaría en la cocina y mi hermana encerrada en su pieza, durmiendo o llorando, y que si me asomaba al patio vería la sombra de su cara en el vidrio esmerilado del laboratorio. Durante la siesta yo buscaba algún libro y me quedaba con él en la biblioteca. Se sentaba en el sillón como antes, con la pila de publicaciones del correo, pero cuando entraba el rayo del sol por la ventana, se dormía con la revista abierta sobre el pecho. Por esa época ya no podía dormir de noche; los ataques eran cada vez más agudos y aun durante el día, se desplomaba a veces en una silla, con la cara amoratada, reconcentrado en retener cada bocanada, hasta que mi madre le daba la inyección de cortisona. Entonces lo alzábamos entre los dos y lo sentábamos frente a las peceras y él se quedaba allí, quieto, recuperando de a poco la respiración.

Te llevo, me dijo una vez mi tío. Mi tío tenía un Caprice rojo de dos puertas; no había ninguno parecido en la ciudad. Subió los vidrios con un botón y el auto se puso en marcha por la avenida, enorme y silencioso. Yo no me imaginaba cómo iba a dar vuelta en las esquinas cuando llegara a las calles de nuestro barrio. "Y tu viejo –me preguntó–, ¿cómo está del asma?." Manejaba distraído; el auto parecía andar solo. "Mirá –me dijo–, cuando venía el médico a verlo siempre nos decía: ese asma, a los dieciocho se le pasa. Pero ya ves, no se le pasó. ¿Y sabes por qué?", dije que no. "Porque nunca cumplió los dieciocho".

Seguimos en silencio hasta que llegamos a la esquina de mi casa.

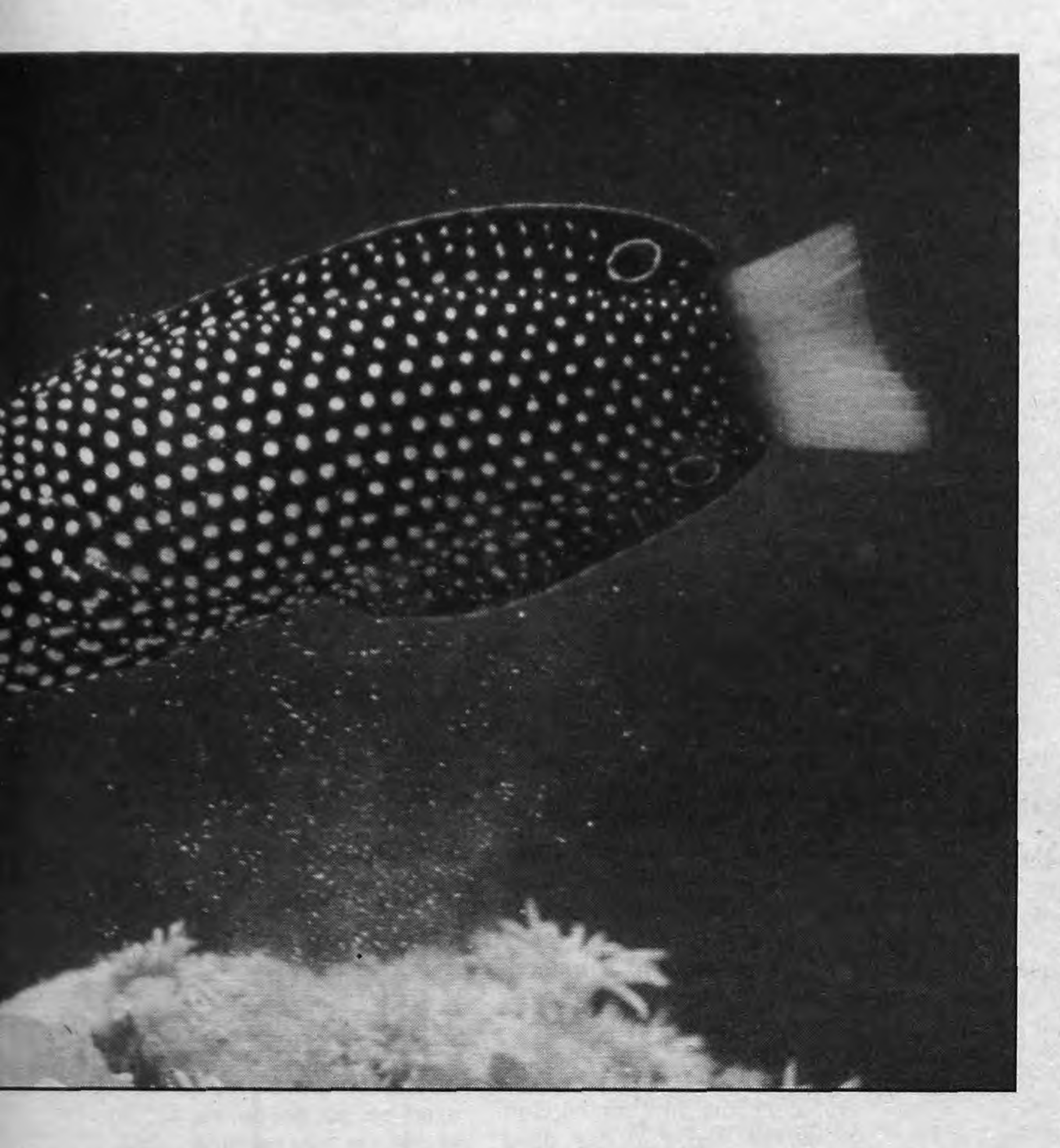
–Y decime –maniobró con una mano y frenó junto al cordón–: ¿sigue todavía con la pelotudez de los peces?

Cuando fui a estudiar a Buenos Aires nunca me escribió. "Sabés bien cómo es él –me decía mi madre en las cartas–; pero yo sé que te extraña: ahora no tiene con quién hablar de libros ni de política. Creo que ya está pensando en poner una pecera en tu habitación, pero no se lo voy a permitir: quiero que todo esté igual para cuando vuelvas." "Sus pulmones lo tienen a mal traer –me escribió después–, pero hay algo que me preocupa más: se queda horas enteras mirando sus peces." Me acuerdo que yo le contesté que desde que tenía memoria ésa había sido su ocupación fundamental. "Ya lo sé, y mejor que vos, muchacho gracioso –me respondió-, pero ahora los mira *distinto*. En fin, que tu papá me preocupa, aunque, por supuesto, nunca vamos a saber qué le pasa."

Volví en las vacaciones de invierno, después de rendir los exámenes del primer cuatrimestre. Llegué a la hora de la siesta y quise darles una sorpresa: abrí la puerta con mi llave. Fue como si me hubiera equivocado de casa: no estaba el olor, no había ningún olor. Vi en el pasillo la doble hilera de peceras: estaban vacías. Fui a la cocina y abracé a mi madre, que estaba lavando los platos. Allí estaban las demás peceras, todas vacías. Pero cómo fue, cómo hizo, le preguntaba yo mientras ella me contaba. "No sé –me decía–, qué importa cómo, los habrá tirado por la pileta." "Andá a despertarlo", me dijo.

Estaba en la biblioteca, durmiendo en el sillón, con la cara al sol y la respiración entrecortada. Cuando lo toqué y abrió los ojos, tenía los ojos hinchados por la cortisona. Empezó a preguntarme por los exámenes y si había ido al teatro y cómo andaba la política en la Capital. Esas cosas me preguntaba y había matado a sus peces. Tosió, como cuando se agitaba demasiado. Yo le alcancé el inhalador. Y vos, viejo, cómo estás, le pregunté. "Bien, bien –me dijo–, un poco jodido de los fuelles, como siempre." Eso me dijo, y había matado a todos sus peces.

Por aparecer en la reedición de "Infierno Grande" (Planeta, 1999)



etrato de un cicultor

Guillermo Martínez

peles. *Y a los papeles hay que guardarlos en algún lado.* Eso es lo que yo trataba de explicarle. Que los sillones son para sentarse. Que pensara en su asma, por lo menos, con todo ese papelerío juntando tierra. Porque tirar, por supuesto, nunca se podía tirar nada. Y con el laboratorio también cedí yo, porque cuando hicimos el arreglo de la casa estaba ilusionada con poner en ese cuarto la máquina de coser y tener una especie de salita de labores. Pero es inútil, cada cosa por sí sola parece una nimiedad, y como él los crió cuarenta años todo lo que yo diga va a sonar mezquino.

La segunda vez que entré en el laboratorio fue cuando nos pusieron la bomba. Unos días antes habían aparecido en la pared de nuestra casa las tres letras A pintadas en negro. Esa tarde, después del almuerzo, mi madre lo ayudó a llevar todas sus peceras al laboratorio. Después corrieron nuestras camas hacia el fondo; a mí me tocó dormir en la cocina. La noche de la bomba no me despertó el ruido de la explosión: me despertaron los gritos de mi hermana. Me levanté y abrí despacio la puerta de la biblioteca. Mi hermana corría en redondo, chocándose los muebles. Me mataron, gritaba, no siento los brazos, no siento las piernas. El ventanal estaba destrozado, la lámpara caída, había vidrios por todos lados. Mi madre trataba de sujetarla pero ella parecía no ver a nadie. El estaba ahí, en pijama, paralizado; me di cuenta de que también tenía miedo. Mi madre le gritaba el nombre de unas pastillas. Fue como un sonámbulo hasta el botiquín y cuando volvió con el frasco mi madre le dijo que me llevara de nuevo a la cama. Sentí entonces que me agarraba de la mano y empezaba a caminar hacia el patio. Fuimos al laboratorio. Había agua debajo de la puerta y cuando prendió la luz vimos la pecera rota. Los peces estaban en el suelo, en un charco, y apenas se agitaban. Se arrodilló entre los vidrios para rescatarlos, los iba poniendo uno por uno en un frasco con agua y los peces milagrosamente revivían. Yo quise ayudarlo, me arrodillé junto a él y traté de atrapar un pececito. Pero cuando lo tuve en la mano el pez se agitó tanto que no pude sujetarlo, cayó en la boca de la rejilla y lo tragó el remolino. Yo me puse a llorar y me acuerdo que él, que nunca nos tocaba, me abrazó un poco y me dijo que no importaba, que el pececito aquel iba derecho al mar. Y aquello me hizo llorar más, porque sabía que no, él mismo me había explicado una vez que los peces de agua dulce se mueren en el mar, ni siquiera llegan al mar, me habían dicho, los mata antes el detergente de las cañerías.

El tiempo que mi hermana estuvo internada en la clínica se pasaba las horas hundido en el sillón de la biblioteca. Decile de arreglar la pecera, me dijo un día mi madre. Fuimos al patio a cortar los vidrios. Cada tanto me señalaba el cajón de herramientas. Alcánzame el... me decía, sin terminar la frase. Yo empezaba a mostrarle: la espátula, el martillo. El negaba con la cabeza. El cuchifái, decía, como si no pudiese encontrar las palabras, y yo seguía tocando las herramientas con el dedo hasta que él asentía. Y en la mesa también, señalaba desde la cabecera, vagamente: el cuchifái. Con mi madre alzábamos el pan, el vino, la sal, hasta que él aprobaba y seguíamos comiendo en silencio. Los años siguientes –los años del secundario– los recuerdo todos iguales: yo abría la puerta y ahí estaba el olor estancado de las peceras y sabía que mi madre estaría en la cocina y mi hermana encerrada en su pieza, durmiendo o llorando, y que si me asomaba al patio vería la sombra de su cara en el vidrio esmerilado del laboratorio. Durante la siesta yo buscaba algún libro y me quedaba con él en la biblioteca. Se sentaba en el sillón como antes, con la pila de publicaciones del correo, pero cuando entraba el rayo del sol por la ventana, se dormía con la revista abierta sobre el pecho. Por esa época ya no podía dormir de noche; los ataques eran cada vez más agudos y aun durante el día, se desplomaba a veces en una silla, con la cara amoratada, reconcentrado en retener cada bocanada, hasta que mi madre le daba la inyección de cortisona. Entonces lo alzábamos entre los dos y lo sentábamos frente a las peceras y él se quedaba allí, quieto, recuperando de a poco la respiración.

Te llevo, me dijo una vez mi tío. Mi tío tenía un Caprice rojo de dos puertas; no había ninguno parecido en la ciudad. Subió los vidrios con un botón y el auto se puso en marcha por la avenida, enorme y silencioso. Yo no me imaginaba cómo iba a dar vuelta en las esquinas cuando llegara a las calles de nuestro barrio. "Y tu viejo –me preguntó–, ¿cómo está del asma?." Manejaba distraído; el auto parecía andar solo. "Mirá –me dijo–, cuando venía el médico a verlo siempre nos decía: ese asma, a los dieciocho se le pasa. Pero ya ves, no se le pasó. ¿Y sabes por qué?", dije que no. "Porque nunca cumplió los dieciocho".

Seguimos en silencio hasta que llegamos a la esquina de mi casa.

–Y decime –maniobró con una mano y frenó junto al cordón–: ¿sigue todavía con la pelotudez de los peces?

Cuando fui a estudiar a Buenos Aires nunca me escribió. "Sabés bien cómo es él –me decía mi madre en las cartas–; pero yo sé que te extraña: ahora no tiene con quién hablar de libros ni de política. Creo que ya está pensando en poner una pecera en tu habitación, pero no se lo voy a permitir: quiero que todo esté igual para cuando vuelvas." "Sus pulmones lo tienen a mal traer –me escribió después–, pero hay algo que me preocupa más: se queda horas enteras mirando sus peces." Me acuerdo que yo le contesté que desde que tenía memoria ésa había sido su ocupación fundamental. "Ya lo sé, y mejor que vos, muchacho gracioso –me respondió–, pero ahora los mira *distinto*. En fin, que tu papá me preocupa, aunque, por supuesto, nunca vamos a saber qué le pasa."

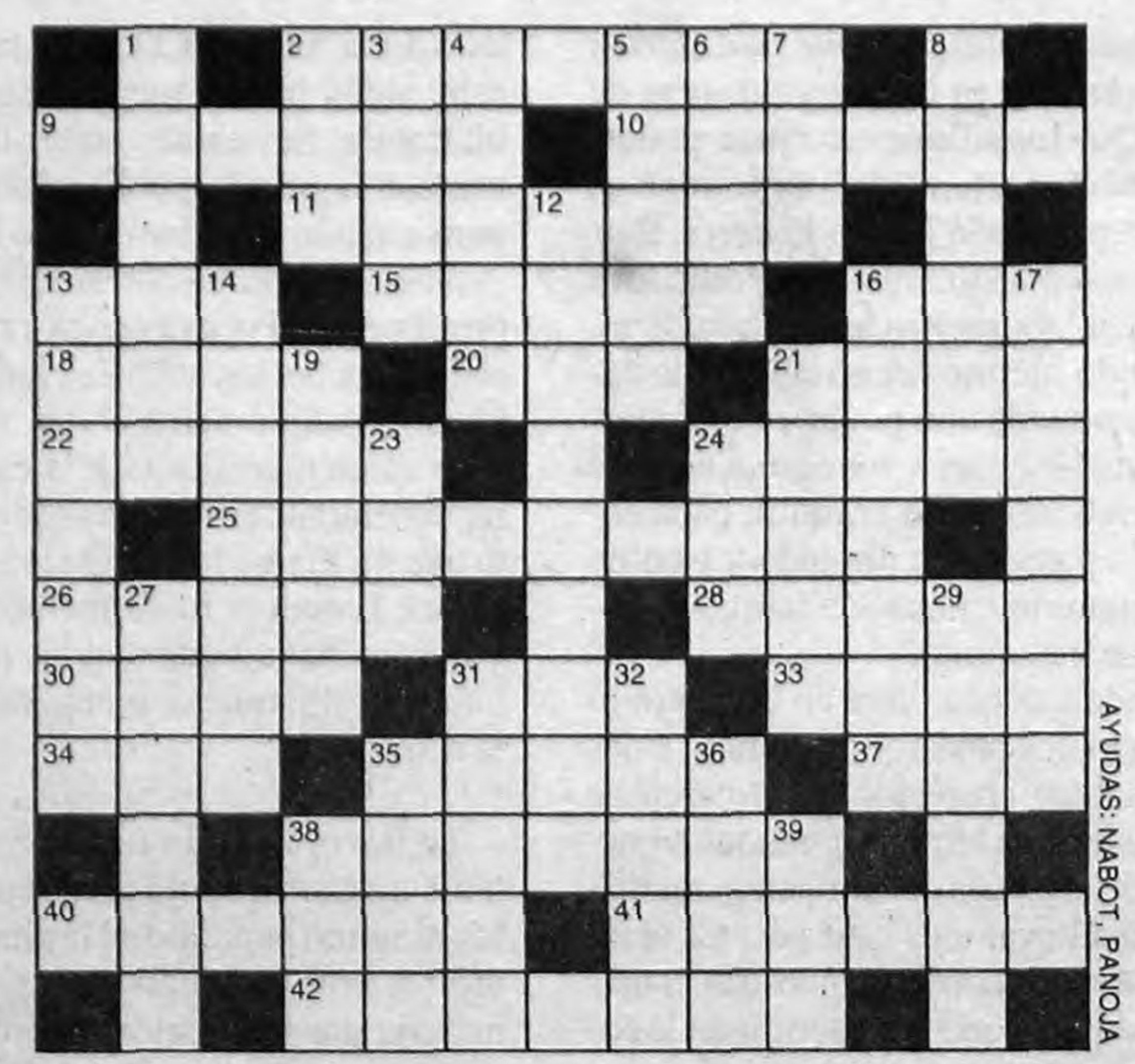
Volví en las vacaciones de invierno, después de rendir los exámenes del primer cuatrimestre. Llegué a la hora de la siesta y quise darles una sorpresa: abrí la puerta con mi llave. Fue como si me hubiera equivocado de casa: no estaba el olor, no había ningún olor. Vi en el pasillo la doble hilera de peceras: estaban vacías. Fui a la cocina y abracé a mi madre, que estaba lavando los platos. Allí estaban las demás peceras, todas vacías. Pero cómo fue, cómo hizo, le preguntaba yo mientras ella me contaba. "No sé –me decía–, qué importa cómo, los habrá tirado por la pileta." "Andá a despertarlo", me dijo.

Estaba en la biblioteca, durmiendo en el sillón, con la cara al sol y la respiración entrecortada. Cuando lo toqué y abrió los ojos, tenía los ojos hinchados por la cortisona. Empezó a preguntarme por los exámenes y si había ido al teatro y cómo andaba la política en la Capital. Esas cosas me preguntaba y había matado a sus peces. Tosió, como cuando se agitaba demasiado. Yo le alcancé el inhalador. Y vos, viejo, cómo estás, le pregunté. "Bien, bien –me dijo–, un poco jodido de los fuelles, como siempre." Eso me dijo, y había matado a todos sus peces. ■

no Grande" (Planeta, 1999)

Enigmático

En las definiciones de este crucigrama encontrará intercalaciones (La caSA DEl marqués = SADE), juegos de palabras (En la LEVadura, la moneda búlgara = LEV), acertijos (Descubrió un continente = COLON) anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: ENIGMA = IMAGEN). Estos últimos estan en negritas



HORIZONTALES

2. **Silba en** conpañía del Líbano.
9. **Paja no** es la flor del maíz.
10. Va a **ir Lola** al borde del río.
11. Corta océano esta parte de la roda.
13. La secante trigonométrica del sector.
15. **Soler** vio la reverberación del sol.
16. Taberna inglesa del público.
18. Casi tocas aves palmípedas.
20. Lirio en Lisboa.
21. Faz onerosa.
22. Va a **salir** a buscar monedas italianas.
24. El revolucionario francés en el maratón.
25. Chaqueta de cierto continente.
26. Carbono, palabra sánscrita y té chino en lo combado.
28. Se puso el **batón** y habló sobre este judío lapidado.
30. Que **bale** la oveja en esta isla.
31. Un cabriolé en la cabaña.
33. **Cala** y pinta con fino barniz.
34. Que **esa** exista.
35. Nitrógeno, uranio, bismuto y cincuenta romanos para el que está en edad de casarse.
37. Estamos en los tronos.
38. Si durmieses o te imaginases, sería igual.
40. Con el **taco le** pisó la trenza.
41. Gustavo Cardoso dice que el tribunal superior va a tomar la causa.
42. **Otros** se ocupan de guardar valores.

VERTICALES

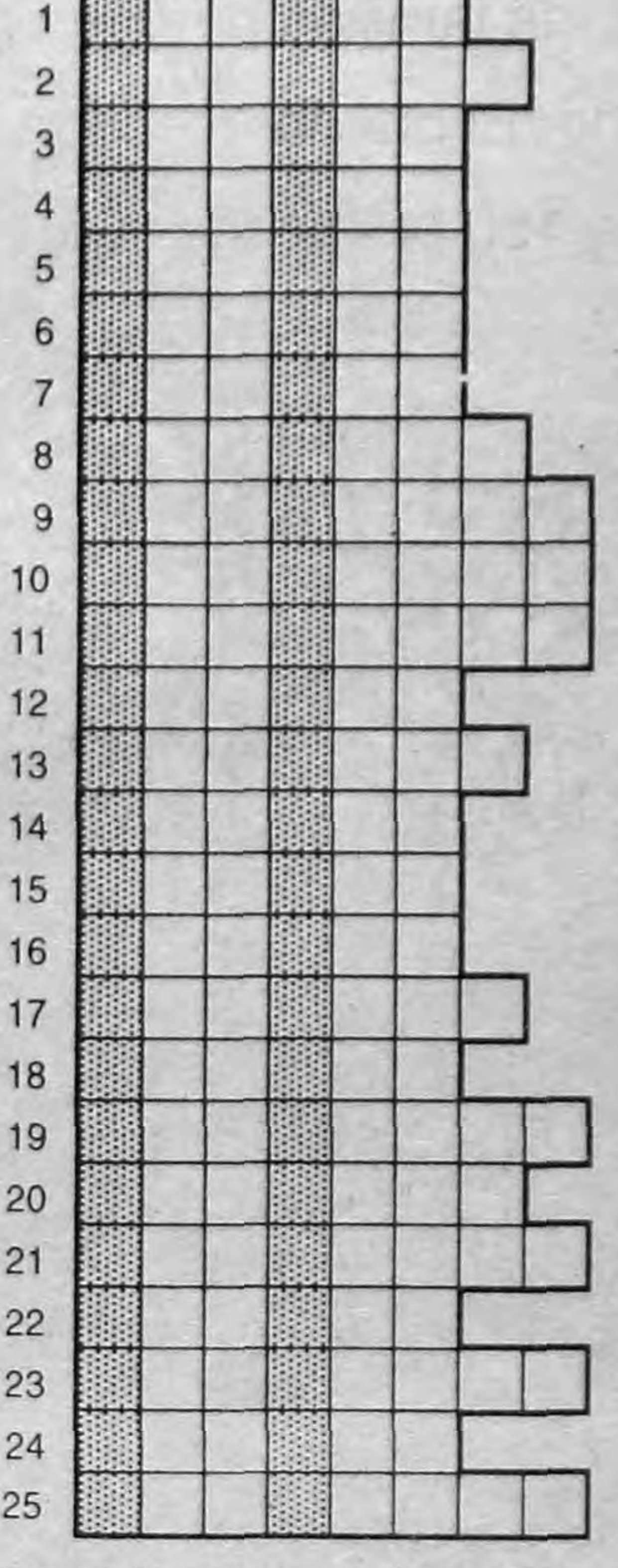
1. **Pa dice** que sufrí.
2. Sólo tenía una mujer, y se le volvió sal.
3. Casi lijar el costado.
4. Baje la vela del navío.
5. Los **monos** asustaron a los duendes.
6. Un novillo **real**.
7. Noble inglés en la sirena.
8. **Tu alar** tiene buena elevación.
12. **Limaba así** e incorporaba los nutrientes a su organismo.
13. El **sól seca** para que diviertas.
14. Interjección dicha al tocar ambas manos.
16. **Rapaban** y detenían la marcha.
17. En bata tasaba boniatos.
19. **Ambas** danzan esto en Brasil.
21. Buscan algo en el de Panamá.
23. Una catedral en el paseo.
24. El hombre inglés de La Mancha.
27. **Doró el** que exhala olor.
29. **Lo toca** en el plantío de pinos mexicanos.
31. Carbono y placas córneas en las piezas para apretar.
32. Al soplar la **brisa** va a repetir una canción.
35. Observe negación e infusión.
36. **Volé** y alzó el ancla.
38. Tercer hijo de Adán visto en el tenis.
39. Esos piden socorro.

Grilla

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Globo de cristal para peces.
2. Distraer, divertir, alegrar.
3. Mentira, embuste.
4. Leal, sincero.
5. Copiar.
6. Llanura extensa y árida.
7. Lubina, pez marino.
8. Décimo mes del año.
9. (Pal. inglesa) Tipo, modelo.
10. Equilibrio, paridad.
11. Ascensor.
12. Principalmente.
13. Estado del que carece de lo necesario para vivir.
14. Trenza con los tallos de ajos.
15. Aparato de calefacción.
16. Principio de todo número.
17. Manifiesto, público.
18. Dícese de la criatura nacida en condiciones de poder vivir.
19. Imaginario, que no existe en la realidad.
20. Utensilio de bolsillo para llevar papeles, documentos, etc.
21. Estado de los cuerpos en combustión.
22. Poner una cosa frente a otra.
23. Despótico.
24. Hacer pasar al estado de óxido.
25. Lugar en que se lava.

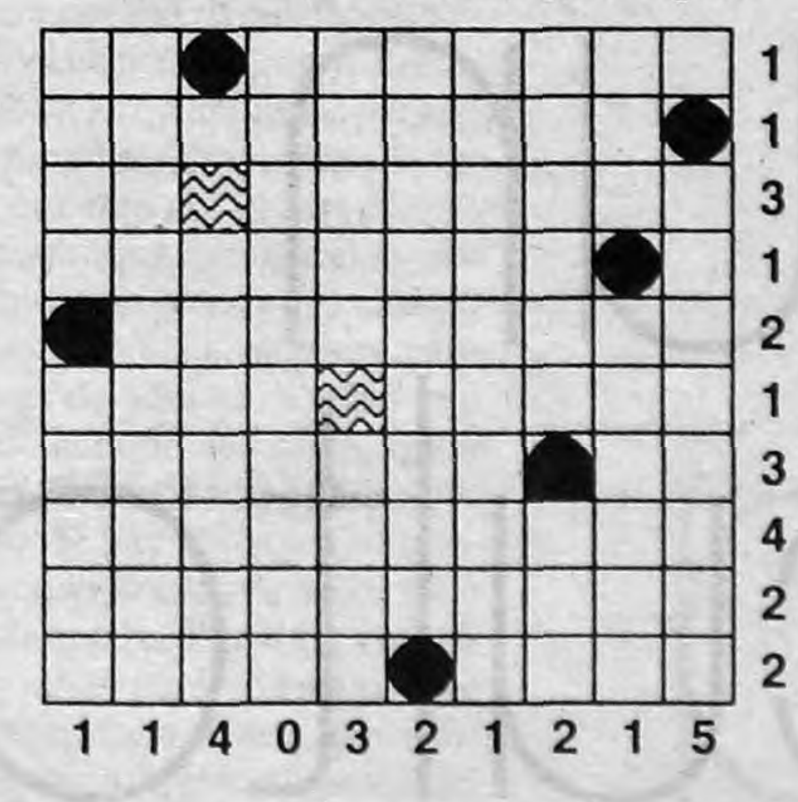


SILABAS

ar, ba, ble, bre, bre, car, ce, ción, co, co, cre, dad, dad, dar, dard, de, dor, e, en, es, es, fa, fran, ga, gual, i, i, ig, la, le, lo, lu, má, me, mi, ner, ni, ni, ni, no, ño, o, o, oc, pa, pe, po, po, ra, ra, rá, re, rio, rio, ris, ro, ró, so, stan, tar, te, te, ti, to, tra, tu, tu, u, va, va, via, xi, xi, za.

Batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadadidos por agua (tal como se indica en el interior del tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua, es decir que los barcos no se pueden tocar por ninguno de sus lados ni por los vértices de las casillas que ocupan.





Pirámide numérica

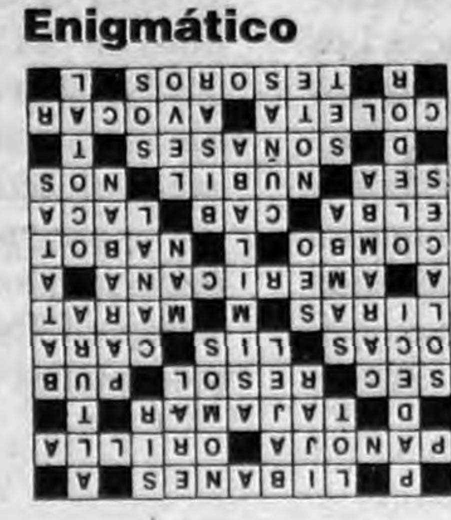
437
124 103
31 22
22
12
6

411
110 115
25 28
22
7
5



Soluciones

Enigmático



Grilla

1. PECERA / 2. RECREAR / 3. ENGAÑO / 4. FRANCO / 5. IMITAR / 6. ESTEPA / 7. ROBALO / 8. OCTUBRE / 9. STANDARD / 10. IGUALDAD / 11. ELEVADOR / 12. MAXIME / 13. POBREZA / 14. RISTRA / 15. ESTUFA / 16. UNIDAD / 17. NOTORIO / 18. VIABLE / 19. ILUSORIO / 20. CARTERA / 21. IGNICION / 22. OPONER / 23. TIRANICO / 24. OXIDAR / 25. LAVADERO

"Prefiero siempre un vicio tolerante a una virtud obstinada." Moliere.

Piramide numérica



Batalla naval



